La muerte le dio a su casa
una blancor marfilina,
la mirada de sus ojos
clava una luz aquilina,
de pavor tiembla al mirarlo
la turba que lo asesina
y el brazo como una antorcha
las tinieblas ilumina
y la cabeza ultrajada
frente a los Andes culmina.

¿Don José Miguel Carrera
es una imagen divina.

Nunca, nunca, ha de olvidarlo
el pueblo que la quería:
irá creciendo su imagen
y su pasión encendida
y el ansia que alimentaba
hallará, en su muerte, vida.

Patibulo de Mendoza,
a tres hermanos tú miras
y tu verdugo persigue
la llor de la gallardía;
a las cabezas más claras
su mano las decapita;
pero, a través de los años,
esa sagrada ceniza
cantan en mi corazón,
palpitante una votiva
donde arde siempre el recuerdo
con perpetua llama viva.

Mirando a través de un siglo
en mi florecen las rimas
como el musgo melancólico
en tus fatídicas ruinas.

¿Don José Miguel Carrera
en ellas perdió la vida.

Así trataba a sus héroes
la patria recién nacida.


ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA

Respuesto para José Miguel Carrera

I

Avanzas de la muerte en un latido.
Hasta nosotros vacilante vienes
y una rosa en el hueco de tus sienes
se cimbra en el silencio como un nido.

Contigo llega el viento de la hazanía
del Úsaro de Galicia en un caballo
que herido cae envuelto en el desmayo
de la sangre magnífica de España.

Tu sena entonces dibujó el futuro
y en luz y entraña se templó de nuevo
para la bizarría del mancebo
y complacencia del destino duro.

Lejos, la patria tras el mar lucía
entre cristales su perfil de olivo
y de ella el corazón era cautivo
en el umbral de su melancolía.

II

España quedó atrás toda dorada
en el imperio de su primavera
y el alma generosa de Carrera
fue como vela por el mar combada.

La casa hidalga ardió de regocijo
y el padre sonrió desde sus canas
y en un lento rébato de campanas
descendieron las lágrimas del hijo.

Después vino el amor entre destellos
creció la sombra, el desgraciado sino
y vio el joven atada a su destino
a la muerte tocando sus cabellos.

III

La Patria Vieja tu perfil grabado
tiene en sus metales, y azucenas
para tí se alzan siempre en Yerbas-Buenas.
General de la Patria desdichado.

Atravesaste en tu caballo el viento
que movía el trigo de la Argentina
y cuántas veces una fresca encina
pudo enjugar tu rostro polvoriento.

IV

Mirando a los fusileros
esguiste el rostro patricio,
tan cerca de la montaña,
de la esposa y de los hijos.
¡Oh, pimientos de Mendoza, saucos, como tú, tranquilos! Al morir te acompañaban tus dos hermanos caídos, trinidad de corazones e idéntico torbellino, tres piedras, tres desventuras atadas a un solo abismo. Chile golpea en los pechos su largo batió de río. Chile golpea en las manos con lámpido de suspiros. Don José Miguel, la muerte espera con anímico digno, como allá cuando era España un zarzal de sacrificio. La muerte lo mira largo. El tiene sus ojos fijos en una mujer que sueña junto al pecho de sus niños. Siente el rumor del Mapocho que va melando los ríos. ¿La muerte viene de dónde?

El saberlo es desvarío. Ya es la hora de cerrar el aro de su destino. Es la hora en que los bravos ven en el alma un resquicio en que cae todo el cielo sin pavor en el vacío. Muere don José Miguel, pero aún queda su brillo, la línea de su perfil, el pétalo de su frente, curvado como un anillo, su sangre, una mano en vilo, un mechón en los cabellos sobre la frente prendido. Los pies tocaron las olas de cera del infinito. La cordillera en Mendoza lloró arroyuelos de vidrio y el tiempo movió arenas, pájaros, rosas, molinos.

Rostro de Chile. Págs. 89 a 92.

PABLO NERUDA

Manuel Rodríguez

Señora dicen que donde, mi madre dicen, dijeron, el agua y el viento dicen que vieron al guerrillero. Puede ser un obispo, puede y no puede, puede ser sólo el viento sobre la nieve, sobre la nieve, sí, madre, no mires, que viene galopando Manuel Rodríguez. Ya viene el guerrillero por el estero.

CUECA

Saliendo de Melipilla, corriendo por Talagante, cruzando por San Fernando, amaneciendo en Pomaire. Pasando por Rancagua, por San Rosendo, por Cauquenes, por Chena, por Nacimiento, por Nacimiento, sí, desde Chilli, por todas partes viene Manuel Rodríguez. Pásale este clavel Vamos con él.

CUECA

Que se apague la guitarra, que la Patria está de dueño. Nuestra tierra se oscurece. Mataron al guerrillero. ¡En Tiltín lo mataron los asesinos, su espalda está sangrando sobre el camino, sobre el camino, sí. Quién lo diría, el que era nuestra sangre, nuestra alegría. La tierra está llorando. Vamos callando.

Canto General, de Pablo Neruda. Págs. 112-115.